Introducir a los niños más pequeños al mundo de la cultura escrita requiere generar situaciones didácticas que les permitan apropiarse del sistema notacional y del lenguaje que se escribe.

Esto se refiere al hecho de que una educadora debe encontrar la manera correcta de enseñar a los pequeños, ya que no se trata de repasar algo que ya saben, puede haber el caso en el que sí, sin embargo, es hacer que ellos recuerden que cada uno de esos signos que deben recordar tiene un autilidad única, un sonido, una combinación correcta con otros; hacer que recuerden todo esto y además sepan utilizarlos para expresar todas sus ideas.

Es por esto que además de actividades entretenidas y llamativas, debemos procurar que tengan un propósito, ya que de nada nos sirve poner a los niños un rompecabezas del abecedario completo si ellos no obtienen algún aprendizaje de lectoescritura, solo porque la educadora no sabe enseñar.

El término alfabetización es más amplio e integrador que el de lectoescritura, puesto que el proceso de alfabetización se desarrolla durante toda la vida, aunque haya momentos de especial relevancia, como la alfabetización de los primeros años (inicial); sin embargo, la lectoescritura hace referencia concreta al aprendizaje de la lectura y la escritura durante los primeros años de vida.

Saber leer y escribir no implica que realmente se pertenezca a una comunidad de lectores y escritores, puesto que no sólo son los conocimientos básicos sobre estas herramientas comunicativas las que nos convierten en escritores o lectores, sino que también influyen las intenciones, los contextos, etc. “Ser alfabetizado va más allá de tener la capacidad de leer y escribir, ser alfabetizado implica presentar o exhibir comportamientos de alfabetización, comparar, secuenciar, argumentar, interpretar y crear trozos amplios de lengua escrita y oral en respuesta a un texto escrito en el cual se han establecido la comunicación, la reflexión y la interpretación...” (Farstrup, 1992).